

La paz: sobre la difícil historia de un concepto clave de la cultura

La idea de la paz es tan antigua como la conciencia del ser humano de que vive en sociedad. Por supuesto, la cuestión de limitar y controlar la violencia se torna muy compleja cuando las comunidades humanas superan el nivel de los microgrupos, pero las interpretaciones de lo que llamamos paz hoy en día son muy heterogéneas.

La paz como sinónimo de la naturaleza

El concepto “energético” de paz de las comunidades arcaicas estaba y sigue estando definido en todas partes por el vínculo con la naturaleza, que se experimentaba y reverenciaba como una “gran madre”. En esta fase el hombre percibe como paz la alimentación que le da la “madre naturaleza”. Por ello, en este tipo de culturas las divinidades, siempre femeninas, de la paz y de la fertilidad son las mismas.

El crecimiento de las sociedades, la formación de estructuras más complejas y la separación de la jardinería de la agricultura trajeron consigo una revaloración de las contrapartidas masculinas a las diosas de la fertilidad y la paz. Los ritos de la paz y de la fertilidad referidos a dioses masculinos derivan casi siempre de la ganadería. Nacen en la transición evolutiva de la fase mágica a la mítica, en la que las mayores agrupaciones sociales comienzan a definirse a través de dioses abstractos y sistemas de poder más complejos.

Los pueblos indoeuropeos aportaron elementos completamente distintos a la herencia cultural helénica. Para ellos, la guerra era el estado natural de la existencia social. A partir de esta conciencia elaboraron una ética de la guerra altamente moral, y a sus interrupciones, llamadas Eirene, no las consideraban como un estado apetecible, sino más bien como la pausa inevitable de una noble actividad. A partir del siglo quinto antes de nuestra era, autores como Platón, Aristófanes y Herodoto reconocen la paz como un valor autónomo. Con la formación de los estados ciudades griegas (polis) surge la idea de la paz en el sentido de un contrato jurídico-institucional.

La paz, regulada por contrato

La Roma imperial adopta esta idea. Bajo el emperador Augusto, se reverencia a la antigua diosa de la fertilidad, Pax, junto con la diosa Victoria como la paz que aporta la victoria. Mientras que Marte, el antiguo compañero de Pax, se convierte en un dios de la guerra en el sentido del Ares griego. La transición definitiva de la imagen mágica a la imagen mítica y el surgimiento de la institución del Estado va, pues, de la mano con la nueva interpretación de la idea de la paz.

Esto afecta también a las tres grandes religiones del espacio mediterráneo. Para los judíos y los cristianos la noción de “shalom” (“salam”) era originalmente un nombre de dios, de un dios que se llama paz y, por tanto, ES la paz. Con la institucionalización de la iglesia fue naciendo a partir de allí el dios creador que DA la paz, pero con determinadas condiciones que interpretan sus representantes en la Tierra.

Siglos más tarde, en el Islam se puede observar el mismo proceso, que de ninguna manera es un fenómeno puramente mediterráneo. También en China se consuma con el confucianismo una estricta moralización del concepto de paz originalmente “energético”. En el hinduismo ocurre lo propio con las interpretaciones brahmánicas de las normas religiosas; en el budismo, al

formarse las distintas escuelas Mahayana y Zen. Incluso en el tantrismo chamánico y rebelde, de influencia hindú, budista y taoísta, se pueden observar reflejos de la misma institucionalización. No otra cosa se puede comprobar en América, donde el sacerdocio políticamente institucionalizado sustituye al chamanismo de orientación “energética”, conduciendo a las famosas culturas avanzadas de los mayas, aztecas, incas y chibchas que, más tarde, implosionarían o caerían víctimas de la invasión europea. En África, en cambio, se mantiene todavía un buen número de concepciones energéticas de la paz y del mundo, pese a la formación de los propios Estados y a las invasiones árabes o europeas. Persisten allí con enorme pujanza social, bajo la superficie de la institucionalización fallida del Estado y de las Iglesias de orientación moral tanto islámica como cristiana.

Forma parte de la esencia del iluminismo el enfrentar las ideas prerracionales de la paz y la sociedad desde la atalaya de la razón. Donde esto se logró, hubo de elaborarse una nueva normatividad lingüística para dar cuenta de los patrones de pensamiento tradicionales. En Thomas Hobbes, por ejemplo, uno de los pioneros más importantes de los ordenes modernos de paz, encontramos el concepto de paz negativa, que se conforma con la ausencia de violencia física, como ya ocurría en la Eirene griega. El famoso “Tratado sobre la paz perpetua”, de Immanuel Kant, es un ejemplo de interpretación de la paz como un valor ético y pactado en el sentido de la Pax romana.

Las escuelas realista e idealista

De estas dos aproximaciones al tema derivaron más tarde las escuelas “realista” e “idealista” de las “relaciones internacionales”. Esta disciplina científica debe su aparición al trauma de la Primera Guerra Mundial. En el marco de las negociaciones de paz de París, las delegaciones acordaron crear centros destinados al estudio del sistema internacional, para evitar en el futuro catástrofes de tal magnitud. No sorprende que los dos enfoques de esta joven disciplina no consiguieran evitar el desastre de la Segunda Guerra Mundial. Se basaban en las ideas institucionales y morales que habían conducido al capitalismo con las estructuras de poder que le son inherentes. Las tesis críticas del marxismo en este sentido se descartaron entonces por motivos ideológicos, siendo tachadas de anticientíficas. No accederían al debate científico hasta mucho después de la Segunda Guerra Mundial a través del estructuralismo, fuera de la órbita de dominación de la Unión Soviética y el socialismo real.

En el contexto europeo, sobre todo el noruego Johan Galtung marca el principio de un nuevo debate. Ya en 1958, el objetor de conciencia Galtung había fundado en Oslo su primer Instituto para la Investigación de la Paz (PRIO), con el cual se distanció de los enfoques de las “relaciones internacionales”. El triunfo lo obtuvo en 1972, cuando introdujo el concepto de violencia estructural en el debate en torno a la guerra y la paz. Este concepto posmarxista rechazaba de plano la idea “realista” de la paz negativa y trascendía con mucho los conceptos idealistas. Según Galtung, reina violencia estructural cuando las estructuras político-económicas impiden a los individuos o grupos realizar el potencial de sus capacidades mentales y “somáticas”. A partir de esta propuesta surgió la demanda de una paz positiva y de un cambio de paradigmas en la investigación de la paz.

“Trascender” la idea de progreso

Se ha prestado menos interés a la tradición que, desde Jean Jacques Rousseau, viene criticando la euforia iluminista por la idea de progreso más allá de sus aspectos materiales. Sus objeciones se han referido sobre todo a la definición de cultura como una actividad emancipadora del ser humano frente a un medio ambiente que se percibe como separado de los hombres, como es típico en la modernidad. Para la investigación de la paz era ante todo importante que, con el avance de la modernidad, una cultura así definida se situaba progresivamente por encima de las culturas de otras sociedades organizadas de distinta manera, lo que difícilmente podía llamarse paz. Esta preocupación encontró su expresión más clara en la filosofía posmoderna de la segunda mitad del siglo XX. Se desató un debate apasionado: ¿No es cierto que las sociedades que no están organizadas según las ideas morales e ilustradas de Occidente, siguen patrones de pensamiento premodernos, prerracionales y, por tanto, simplemente retrógrados? ¿O existirá más allá de la modernidad un nivel de organización y de pensamiento transracional y espiritual que no rechaza el pensamiento moderno pero lo trasciende? Empleo aquí “trascender” en un triple sentido, no como superación sino como preservación, neutralización y elevación del pensamiento moderno.

Veinte años después de la violencia estructural, Galtung completó su concepto de violencia con la noción de violencia cultural, definiendo la violencia física, estructural y cultural como una unidad cuyos distintos aspectos se condicionan mutuamente. Es violencia cultural, por ende, todo concepto que legitime la violencia estructural o física. Con ello, Galtung respaldaba su crítica pacifista a la idea capitalista de progreso y exigía el reconocimiento en igualdad de derechos de los conceptos alternativos, transracionales y espirituales. Lo decisivo en ello es que el conflicto ya no se considera el adversario inmorale de la paz, sino un signo positivo de energía social que se puede aprovechar, aplicando medios no violentos, para transformar los problemas. Los conceptos claves de la política internacional, como la prevención de conflictos, la formación de la paz, el mantenimiento de la paz o incluso el fortalecimiento de la paz ya no tienen sentido, pues retienen y bloquean la energía positiva de los conflictos.

Los resultados de diversas investigaciones interdisciplinarias sustentan esta opinión: demuestran que al menos las líneas maestras de las religiones y filosofías tradicionales -como el hinduismo, el budismo, el tao, la mística cristiana o islámica, y muchas tradiciones chamánicas-, si bien tienen su origen en una historia premoderna y prerracional, se basan en su sustancia en las ideas y experiencias transracionales de unos cuantos individuos señalados. Esta actitud, naturalmente, la rechazan airadamente la escuelas tradicionales del realismo, el idealismo y el marxismo.

Hoy por hoy, el concepto moral y el “energético” de la paz conviven en igualdad de derechos. En cuanto a su alcance, ambos son limitados y no se pueden aplicar universalmente. Tampoco son intercambiables. La paz y el conflicto siempre han tenido que ver con los contextos interpersonales concretos en el aquí y ahora. Estos contextos deben definirse, analizarse y reconocerse para lograr una transformación no violenta de los conflictos. A través de este reconocimiento, y teniendo en mente la equivalencia de ambos conceptos de paz, la energía del conflicto puede ser aprovechada para “trascenderlo”, es decir, para transformarlo.

Wolfgang Dietrich

Director del Master of Arts-Programm para la paz, el desarrollo, la seguridad y la transformación internacional de conflictos en la Universidad de Innsbruck.